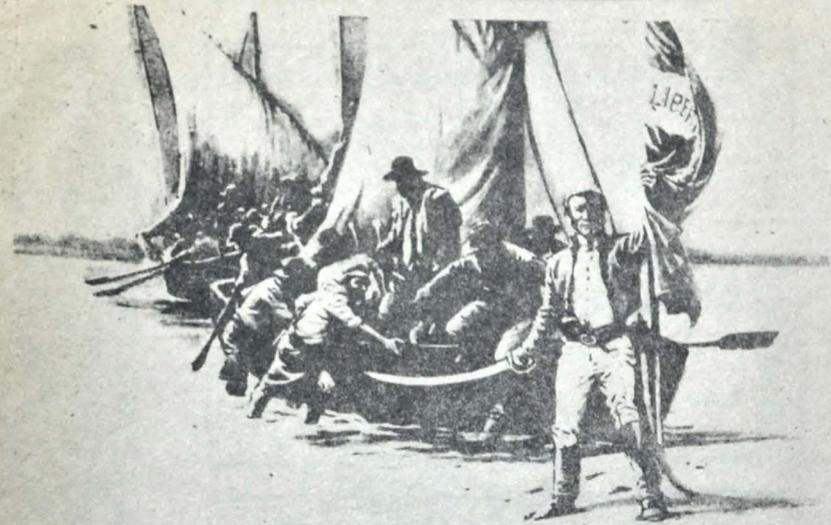


1825
19 DE ABRIL
1994

El Desembarco de los Treinta y Tres



El desembarco de los Treinta y Tres Orientales en nuestro departamento, la mayoría en la playa de la Graseada el 19 de abril de 1825, fue sin duda un acontecimiento de enorme significación, pues fue el comienzo de una campaña que culminó con la Independencia del País. Lo sucedido entonces lo relatamos en el amplio suplemento que publicara ACCION en 1975, incluyendo todas las circunstancias, las anteriores y las posteriores, pronunciándonos cuidadosamente sobre todas las peripecias que acontecieron posteriormente en ese mes de abril en nuestro departamento. Nos limitaremos pues a destacar los aportes recibidos por los invasores, aportes que fueron de mucha importancia y que corresponden de determinar en consecuencia.

Fueron principales donantes algunos saladeristas acaudalados de la zona bonaerense, entre ellos, en primer lugar, los hermanos Anchorena, con \$ 3.000, Lezica, Riglos y Larrea, con mil cada uno, y otros, varios de ellos endeudados con firmas inglesas, habiendo otros convenido con el oriental Pedro Trápani, y por su intermedio con el inglés Stuart, entregar todo lo que hiciere falta. Movía a los ganaderos bonaerenses la apetencia natural por campos orientales, siendo escasos y poco remuneradores los que poseían, y amenazados además por los indios del Sur, que no habían podido aún ser sometidos. Lo de campos escasos no valía para los Anchorena, quienes eran dueños nada menos que de más de 130 leguas cuadradas, es decir la tercera parte de la superficie de Soriano. Y cabe agregar que Trápani,

según se supo tiempo después, había también facilitado dinero a Lecor, y en cuanto a los patriotas orientales, les concedió un préstamo de cien mil pesos, por lo cual se convino que se pagara un interés mensual del 5%. El gobierno de Buenos Aires aportó sumas más considerables, sabiéndose que en ese año la cantidad recibida en Banda Oriental era de unos 180 mil pesos, aunque faltaba aún pagarle a Trápani los intereses acordados.

Cabe aclarar que no estamos por cierto desconociendo la dimensión patriótica que tuvieron los hechos ocurridos, pues no es sensato desconocer los factores materiales que resultaban imprescindibles para consumir la empresa proyectada. Trápani, en efecto, no dejó de ser una ayuda muy útil, y no sólo por su solvencia económica, sino también por su

conocimiento de entretelones políticos, lo que le permitió ser a menudo consejero acertado, por lo cual Lavalleja recurrió a él en diversas circunstancias. Pero viene al caso comparar con lo que sucediera con Artigas en 1811, cuando habiendo ido nuestro héroe a Buenos Aires, sólo se le concedió una suma irrisoria de 200 pesos, de los 5.000 que se le habían prometido.

El grupo lavallejista, en cambio, pudo gastar \$17.744 antes de cruzar el Río Uruguay, suma con la cual les fue posible proveerse de armas, alimentos y otros elementos necesarios.

Las necesidades materiales no eran por cierto algo de escasa influencia. A Lavalleja lo habían despojado de todo su ganado y desvalijado su propiedad en Tacuarembó dos años antes, y como le notificara Ernesto Herrera a Lavalleja, Rivera, promotor

de esos despojos, se había llevado "hasta las puertas de la casa". Y si los invasores contaron, a poco de desembarcar, con muchos paisanos que aumentaron así sus efectivos, fue porque ellos también habían sido víctimas del despojo que habían sufrido por resolución del mismo Fructuoso, designado juez de toda la campaña, al no reconocerles los derechos de ocupación de terrenos que se le habían concedido en virtud del Reglamento de Tierras promulgado por Artigas en 1815.

La Cruzada de Lavalleja merecía sin duda las alabanzas más encomiásticas. Pero carecía de la grandeza de miras que había inspirado a Artigas. Y fue el mismo Lavalleja quien lo reconoció, contestando un requerimiento de Buenos Aires, diciendo que su propósito no era el de incurrir en las mismas actitu-

des de Artigas que tanto temían los porteños. Así fue que en su proclama del 24 de abril en Soriano, sus destinatarios fueron por él llamados "Argentinos - orientales", y no ciudadanos de la Patria Grande con que soñaba Artigas. No había tal vez otra alternativa posible que la elegida entonces por Lavalleja. La Independencia que deseaba no dejaba de ser una dependencia de Buenos Aires. Y él será el primer sorprendido cuando en 1828 se reconoció una Independencia total debida a la influencia inglesa. Artigas tendrá que decir después, "Yo yanotengo Patria".

La historia es siempre imprevisible. Lo de Lavalleja fue enormemente útil. Y fue tal vez imprescindible para el futuro cumplimiento de los magnos ideales americanistas de Artigas.